

C-88
F-2

COSMORAMA Y AMOR

POR

Manuel Pizar



AÑO DE 1904

Sr. D. Juan Barona.

A querido amigo
y amante de las
letras, tiene el
honor de dedican-
le este ejemplar
de libro

El autor

COSMORAMA Y AMOR

6601259838 C^a 88

F^o 2

UN. CANA

Cosmorama y amor

POR

MANUEL PÍCAR Y MORALES



h.264551

DE ESTE LIBRO SE HA
HECHO UNA SOLA EDI-
CION DE CIENTO EJEM-
PLARES NUMERADOS.

EJEMPLAR N.º 94

A Maria de los
Remedios del Rio y
Falcón de Picar.

Tú sola has sido
mi amiga y mi amor;
por eso te dedico este
libro intimo.

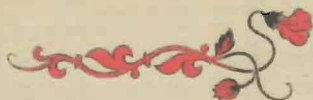
Manuel.





Lector desconocido: para el amor y la íntima amistad escribí estas páginas; mas, si por acaso llegaran á tus manos, no te desdeñes de leerlas. ¡Quién sabe si ellas ligarán nuestras almas por las simpatías del mismo sentimiento! Y si los recuerdos tan amados por mí, son por tí ignorados, no te cansará la jornada, pues yo los deslizo ante los ojos como un artificio óptico para que sirvan de recreo.





I

QUAMÁS se borrarán de mi pensamiento los cautivadores atractivos del Guadalquivir; yo veo siempre sus orillas cinteadas de adarves y alminares fantásticos, entre remansos sombreados por azahares y rosales de olor; y recostada á su lado la ondina bética que resurge román-

tica en medio de efumaturas de luz, con sus noches de amor saturadas de perfumes nupciales, con sus patios de mirtos y bojés, con sus filigranados ajimeces moriscos.

Yo no olvido al Pólis, vírgen bosque del Oriente; y siempre recordaré que al pasar por las pedregosas sendas de sus yermas cañadas, el aire que zumbaba en los picachos de las cumbres me besaba cariñoso, brindándome el místico candor de las selvas.

Recuerdo con pasión vehementemente el Valle angherino de la tierra africana, aquel pensil euforbiáceo bañado por el mar, que en la soledad y ausente de los lares me dió sus amores.

En la tristeza de la ausencia divierto mi pensamiento, viendo en amorosa confusión muchas casitas blancas de piedra y cal ó negras y ocre de madera y nipa; oyendo acordes de guitarras y arpas entre claveles y jazmines que adornan hechiceras andaluzas, junto al albornoz y corales que aprisionan beldades moriscas, cerca de sampaguitas y crisantemas prendidas en cabecitas indias.

Por este mismo recordatorio vislumbro á los fulgores del amanecer las humildes espadañas de la Algaba y Santiponce, y la soberbia Giralda erguida, magestuosa, entre olivos y naranjos de los campos de Híspalo; y veo en los confines, por entre la penum-

bra violácea y azul de noche de luna, las torrecillas de Malate y Sampáloc de Manila, entre gavias, juncos y piraguas que reposan en la orilla del río; oyendo en mis vigi-
lias, ruidos monótonos de castañuelas granadinas y ganzas igorrotas, trinando canciones de amor á la alborada y al mar; mientras en éxtasis contemplo los campos de Aguere, recreando el espíritu en la lejanía de inexhaustas delicias, que el alma divina infundió en el recinto de mi cuna.

Este último recordativo dejó tan secas las órbitas de mis ojos, que ya no tienen lágrimas para llorar la ausencia, y por ello, mi alma es dichosa en la patria mundo, y su haz

Memoro con tiernísimo afecto la Laguna del Pásig, encantada fuente de ilusiones perdida para siempre; mágico vergel de gráciles flores, que España abandonó allá en los lejos del horizonte, donde nace el sol.

Yo amo con toda mi alma ese conjunto de recuerdos; y ahora los acaricia mi mente en la fantasía, como entonces se solazaban mis sentidos en sus regazos de amor.

Yo soy feliz con estas memorias, que al revivir en mi alma trasmutan mi tristeza en alegría, lenificando mi dolor, y adoro entrañablemente el recuerdo de aquellas horas plácidas que en desperezos inconscientes se disiparon para no volver.

conjuntivo de incidencias es mi álbum de remembranzas que siempre hojeo con amor, leyendo en él desde las impresiones de la infancia hasta las últimas jornadas de dicha ó desengaños, que alegraron ó afligieron mi existencia.

II

Bajo el sol indostánico y entre la nieve pirenaica, halagaba mi alma con el amante recuerdo de la tierra canaria; y sobre la caldeada arena del Bajo Egipto, entre los prismas de hielo del Poset y en los palacios de las viejas

ciudades ibéricas, veía las amarillas playas de Achbini-co, las blancas cumbres de Isaña y las humildes casas de Añaza; encontrando semejantes las mujeres nazarena y canaria, con todos sus atractivos de amorosa languidez, con sus tocados de turbante ó mantilla, con los hechizos mágicos de sus ojos y de sus labios.

En el poema del indio pastor, cantado en cañaveras y ciénagas, ví los boyeros nivarios y escuché sus protestas de amor á las mismas zagalas aeta ó atlántida, compendian-do en estas afinidades el adorado *vergel canario*, murado con un páramo de lava ne-gruzca, ¡tan amado siempre en las soledades de mi ausen-

cia! Y así era feliz; dando mis tristes memorias á la postrera luz del sol y mis lágrimas amargas á las olas del mar, para que con ellas mi alma besara las benditas playas guanchinas.

Hoy siento una dicha subyugadora al repasar las páginas de aquellas memorias, departiendo con los seres que viven en ellas, discurriendo por los parajes donde laten mis afecciones, recorriendo en un instante y en felice peregrinaje el conjunto diorámico de una patria inmensa, dilatada contigüidad de bellezas y entes sensitivos animados por el espíritu de Dios. Así, en esta mi estancia, nunca estoy solo, porque no hay soledad donde hay recuerdos; ellos,

envolviendo mi existencia erradiza, me acompañan siempre en la tierra y en el mar, en el insomnio y en el sueño; llevándome á través de laberínticos poblados del Africa, guarnecidos de cáctos y habitados por seres de atrabiliaria indolencia; trasportándome de la mezquita cordobesa á los bosques de palmeras que circuyen las faldas del Sinaí, de las playas cantábricas á las deltas azules perfumadas por el ambiente de Alejandria, de las albuferas levantinas á las dunas de Suez, donde están los bancos de aves zancudas y la reverberación de la arena, de las riberas del Turia al golfo de Bengala, donde está la fosforescencia del mar.

Estos mismos recuerdos

me llevan por la ruta de boyas rojas, á estrechos canales cercados de bambú; al Mar Rojo donde están los horóscopos de Oriente; á Malaca, oasis de aromáticos cafetales; á Ceilán, ceñida de conchas y espumas; á las Visayas, colmadas de oro, perlas y marfil; y en todos lados encuentro al paso los eternos peregrinos, mofándose de los ritos misantrópicos que les orilló la patria con la pila del bautismo, y felices con la amistad del aire, prodigada bajo el templo cosmopolita de las estrellas.

* Estas son mis memorias, y hoy las veo todas risueñas, pues el tiempo, restañando las cruentas heridas que hizo el dolo, me recuerda con placi-

bilidad los campos nivarienses donde vine á la vida ¡que aquella hoja tan bella, primera de mi álbum impresionada bajo el cielo del Atlántico, no se borra nunca!

Yo amo aquellos prados de amapolas y espigas, donde travesaba en la mañana de mi infancia, y mi pensamiento ¡y toda mi alma! pasa por allí cariñosamente, jugando una vez más con las gotas de agua que tiemblan en las flores, con el limo en las orillas del arroyo, con el canto del jilguero y con la luz de la aurora.

Yo no olvido aquella edad dichosa rodeada de solicitud maternal, pensando que aquel amor no me abandona, porque los manes no tienen pa-

tria exclusiva; ellos llevaron las tablas de mi cuna de los alcores del Teide á los jardines béticos, á los valles de Sierrabullones, á las estepas del Mar Pacífico; ellos me hicieron aspirar á más amplia amistad que la de un solo hombre, á mayor asiento que el de un palmo de tierra, inculcando en mi espíritu el concepto sagrado de amor universal, utopía que hoy acaricio con fruición.

III

Las islas Afortunadas son fragmentos del continente africano cimentados en el

abismo del Océano, y en ellos se siente intensamente el calor y el frío.

En el Valle orotavense, inmensurable paraíso de flores y de luz, donde teje lujosa blonda la espuma del mar, el alma es dulcemente arrullada en ensueños del idealismo.

En la cima del Teide, allí más cerca de las estrellas, el aire congelado oprime el pecho, el espejismo ciega los ojos y el conjunto desfallece el espíritu.

La floresta agitada por el viento, las arenas doradas por el sol, los crepúsculos de indefinibles matices y las noches incensadas de aromas brotan endechas amorosas que inflamando las fibras del

corazón, cautivan el espíritu y hostigan el cuerpo, ya vacilante de tanta luz y calor y de tanta vida.

Cuando el plateado claror de la luna ilumina el cristal de los arroyos, ó el iris pulveriza en el espacio sus colores, nuevos efluvios ideales alientan la meditación contemplativa, haciendo el enigma de la existencia más palpitante y más seductor.

En ese bello tramado de perlas y celajes, que fulgura bajo un fanal luminoso, hay siete peñascos con palmeras y gaviotas, mariposas y flores que cantan y bendicen el dialecto amor.

En esa amorosa cadena de aljófar y algas, se arrullan las Islas acariciadas por los mur-

murios del Atlántico; en ese mar de Afortunadas está el páramo de entrañas de hierro y fuego, de bosques seculares y de cumbres de nieve.

En esas Islas está el regazo querido de la Neréida india; en ellas está la agreste Aguerre, Diana africana recostada en el bosque; allí está palpitante de amor en su poesía nublosa, tan bella siempre y de los lagunenses ¡siempre tan amada!

Su fronda es escala de rosas de un cielo de estrellas; sus prados alegres y sus fuentes bellas; su cuna de amores en el alma una huella dejó. ¡Laguna de Aguerre, ninguna á tí se igualó!



IV

Soledades de Arautápala, retrato perfecto de Matoschkin y Kara; gigante Echeide de cabellera blanca, hermano de Schlagskoj y de los oasis de Wrangel; denso mar azul, donde fulguran las estrellas, sepulcro un día del coloso formidable que corona la cima ¡yo os adoro!; y á las débiles luces de la aurora y ocaso y en las noches plácidas de luna y en el día caliginoso y soñoliento, adivino en vuestra esencia enigmas de amor sublime, bullidores en mi fantasía de sueños románticos

de Gœthe; y en los contornos ásperos de Isaña y Saucillo, y en la poética Benahoave creo ver los ideales de Tamburini y de Poussin, como oigo quejas y alegrías que emanan de vuestros valles en llantos y risas melódicas de las rapsodias de Tosti y de Litz.

Si un día os olvidé, allá lejos, bajo otro cielo y entre otras flores, por la placentera efusión que penetró en mi espíritu por mis ojos, más tarde lloré mi orfandad, mirando en aquel cielo un pálido boceto de vuestro dosel de estrellas, y en las orquídeas, un remedo, no más, de la alfombra de vuestros prados.

¡Dónde están aquellos parajes queridos, henchidos de poesía agreste; dónde la um-

brosa maraña de juncos y rosas de olor, albergue del bardo y confidente de sus amantes caricias; dónde las perlas licuescentes de las flores, reflejos de lágrimas de amor; dónde las zarzadoras, brezos y retamas, velo misterioso de los gnomos, vestiglos de la infancia, arcano de dudas, ficciones y delirios?

Cerca de vosotros nuevamente, en el dintel del otoño de la vida y velado por la luz difusa de un cielo plomizo, rememoro vuestros besos maternos, trayendo á la par á mi mente con amoroso embeleso vuestras imágenes hechiceras de contornos esfuminados, que me causan dolor porque.... ¿se extinguen pronto!

Venid otra vez á mi memoria, escuetos y escarpados como en el primer día, agresivos é inocentes al abrigo del collado y acariciados por el sol, con la sublime tristeza de Spitzbergen, con la pureza de las montañas de nieve de Gillis; y á vuestra cariñosa sombra, entre las amapolas de las mieses y unífeas de la umbría, escuchando los rumores del remanso y las melodías autónomas, soporto mejor los embates de la vida, pues yo soy feliz con vuestro cariño y celoso siempre de vuestro amor.

¿Qué me importa la hora de tristura de Héspero, si su carro de estrellas ahuyenta mis pesares, si sus fúlgidas luminarias envuelven en ca-

riñosæ atrabilis mi espíritu; si cuando el cielo está oscuro y sin transparencia, cubierto de nubes plomizas el horizonte y cayendo gruesas gotas de agua sobre mi frente, una dulce melancolía tiñe de tristeza mi alma, y ese es el amor ingénuo que siento por vosotros? ¡queridos pedazos de las rocas canarias! Por esa dulce aflicción viene á mis ojos el «perispiritu» de los manes, fantasmas sagrados y legiones de esqueletos amenazadores ó cariñosos, con los huesos muy blancos y las órbitas muy hondas y muy negras; y así se dibujan en mi mente en confusiones intarribles, en impalpables sombras que persisten y no se desvanecen, y se acercan y

me circuyen, y sonríen haciendo muecas afectivas ó desolados gestos con los maxilares, y se arremolinan y entrelazan en confusas madejas, perdiéndose en el fondo del pensamiento para volver á aparecer en los claros de la fronda, en la ribera de la laguna ó en lo alto de la montaña, portando la infausta misiva de un pasado sombrío y sangriento.

¡Y sobre ese querido suelo aniquiló sus vidas el doloso afecto castellano, y en sus prados, bordados por ellos de acanto y musgo, abrió la fosa donde sepultó su grandeza!

Yo lloro este lúgubre recuerdo y veo grabada en las cumbres más altas la memoria del exterminio, el más

infame baldón de los invasores.

.....

V

La luz de la luna baña el zénit y por entre los celajes quiebra los haces de sus reflejos sobre las claras aguas de la fuente; allí están los huesos de ellos bañados en lágrimas expresivas de dolor; y al apartarse del lago el vapor sahumado de la noche, descende del monte la aroma de tostadas resinas, disipando la esencia mística, quedando sólo la pertinacia abrumadora que lucha con la

mente, quimera fantasmagórica del atropellado pasado, signada por el espíritu infernal, monstruo que me dice falaces consejas, mentirosas tradiciones que yo no creo.

Ellos jadeantes, en agónica fatiga y con sus pómulos surcados por el llanto, me señalan los vestigios de sus angustias; conduciéndome íntimamente unido á sus descarnados huesos, apretado por sus frías falanges, que, oprimiendo mis manos, me arrastran hacia la erizada Guajara, á las cuevas de Arguineguín, al oculto Bejanao, á los pelados Iguaden y Tefia, al oasis Tajoras y al misterioso Moroce. Yo recorro con ellos los escarpados y los bosques, las arenas de las playas, los veri-

cuetos de los barrancos, donde está la sangre de sus hijos, donde aún repercute el eco de sus agonías.

Yo voy á su necrópolis exhumada por los canarios de hoy, y bajo la signatura de los cráneos adivino, junto con el amor, horribles anatemas y maldiciones por el delito inulto; que aunque el espíritu celestial de Jehová les infundió caridad en el alma, la vileza del conquistador les inculcó venganza en el corazón.

¡Oh! alma canaria, tú palpitas en el ambiente perfumado de codexos y algalias, tú late en el sutil éter que circunda las Islas, bulles en

la espuma de las olas que rompen en sus costas, juguetas entre los celajes que sombream sus valles, gimes con la brisa y alumbras con el sol; en tu sér encierras la aciaga ó fausta tradición, dolores y congojas, amores y cantares del ayer, afectos sublimes maternas expresados en el canto de los pájaros, en la luz de las estrellas y en el verdor de los bosques, con la poesía de amorosos besos y arrullos.



Yo soy la virgen rubia de crenchas de oro, la que abrió sus ojos negros bajo el sol del Africa; y aquí, en mi hogar, bajo las palmeras y los tilos, te ofrezco la miel blanca y las

espigas hibleas, y enlazando
 mis brazos á tu cuello te doy
 mis amores.

.

¡Oh! mi virgen rubia de
 crenchas de oro, espera mi
 retorno; la nueva noche te
 velará en mi ausencia con la
 luz de su más linda estrella.



Extraños rumores llegan
 de la montaña á los valles.

¡Riberas de Añaza, Guini-
 guada y Junonias, desampa-
 rada Tite-roy-gatra, orillas de
 Erbania, solitaria Ombrios,
 ya no reflejaréis más sus ojos
 negros en el claro cristal de
 vuestras aguas!



¡Dónde fueron mis amores,
 mis cántigas y mis flores...!
 ¿Dónde están? ¡De la guerra
 en los fragores, del ocaso en
 los fulgores, alegrías se au-
 sentaron y ya nunca volve-
 rán!

La aurora borra en el valle
 los tintes neutro y verdacho,
 rasgando el cendal de la no-
 che donde dormían las ema-
 naciones del amor.

La alondra y el jilguero li-
 ban las gotas de rocío en la co-
 rola de las flores.

Et-thirma baña sus pies en
 el espejo del paisaje.

La nefanda sensualidad cas-
 tellana manchó la inocencia.

Las aguas se enturbiaron,
 el fulgor se tiñó de sombrío

y ya no canta en la umbría
la pareja amorosa del jilgue-
ro y la alondra.

Ya se desmayan las flores
que en hemiciclo ciñen el re-
manso. ¡Pobre Et-thirma!
¿Por qué lloran tus ojos? ¿Por
qué no modula tu labio la
canción del sol?

¡Qué bello es Majec! ¡Cómo
esmaltan sus doradas guedejas
el prado de oro; cómo repro-
duce su luz de una en otra
colina; cómo baña su tinta de
cadmium el verdoyo de las
peñas del mar; cómo alegra
mis ojos y solaza mi alma!
¡Qué bello, que bello es Ma-
jec!

Las hogueras, flameando en lo alto del peñascal, iluminan con sus destellos los riscos sagrados Tirmah y Humiaya.

Las maguas con ramas de acebo azotan el mar encrespado, calmando sus furias.

En las rocas de Ancite y en la tenebrosa Guayedre están los arroyos de sangre y lágrimas, y lejos de ellos Guayot maldito, calcinados sus huesos por las fogatas del infierno.

En las ondulaciones del humo oloroso de la raíz del cardón, veremos los espíritus de ellos, y, más tarde, en las

nubecitas blancas de las orillas del mar.



Yo soy la bella Iballa, hija del bosque Izcagüe, la que tiene por súbditos á los Pala y Amilgua.

.

¡Ah! bella Iballa, tú eres de las privilegiadas.

¡Cómo bailas graciosamente sobre el dolmen, bationdeando tu tuniceta de angeo, luciendo tus sandalias de correítas de colores y los rizos de tu pelo prendidos con sargas de conchas del mar!

¡Cómo danzas tan pulidamente, al compás de los palitos rojos y amarillos, tañidos por los villanostus servidores!

Tú, descendiente de los poderosos linajes de Junonia menor, tenías súbditos guerreros, adoración de los tuyos y caricias del castellano Herman.

¡Oh! mujer más feliz y más desgraciada que tus hermanas de la otra Junonia, yo no puedo cantar las dichas ni llorar las penas que acompañaron los viejos pinos de Izcagüe y las rocas de Jarajona, mudos testigos de tu felicidad y de tus pesares.



Las islas, de llanto y de sangre regadas están; sus prados y álcores, sembrados de flores; sus montes y valles henchidos de amores, de pena y dolores memorias dirán.

Las olas del Atlántico, al romper turbulentas en las playas de Mogán, salpican de perlas su faz; el relámpago que nace en el Teide quema sus ojos y el viento impetuoso del Sahara enmaraña sus cabellos.

En vano sus miradas sondan la sombría costa de Tenerife. Ya se perdió para siempre la vela amada que partió á Punta Roja.

.....
¡Su pecho palpitante bajo linda cotilla, ya no tiene calor; su garganta canora ya no dirá á la playa nuevas trovas de amor!

La brisa, susurrando entre cendales de espuma, arrastra á la arena un jirón del festín.

Allí está la esperanza bajo

los rugosos cristales de la insondable tumba del Atlántico.

La Ciudad, la Villa y la Aldea están dormidas; alegres intérpretes del amor tañen las guitarras.

¡Duerme! El vahear del buho que vela en el alero arrullará tu sueño. Si los misterios de la noche, traspasando las celosías de tu ventana, llevarán á tus oídos nuestra enamorada querella, sea ésta beleño para tu dormir, como tus desdenes son incentivo amoroso de nuestro amor.

La enredadera, ajimez de tu balcón, nos da con su aroma memorias de tus encantos; ella, escaladora de tu be-

lleza, te dirá en el nuevo día
quienes son tus cautivos.

¡Adiós! Ya el buho desvaneció su gesto tenebroso, ya se extinguió la luz que en el portalón iluminaba la sacra imagen, ya llega el alba despertando las melodías y las flores; ellas te harán otras caricias y te dirán otros cantares.

VI

A Italia llegué atravesando
los Alpes fríos, entre golondrinas,
húngaras cautivadoras y trovistas ambulantes,
que en melódicos cantares
liban las flores y el amor bajo

su rubio y esplendoroso cielo.

Allí arribé por los dilatados vergeles de Mónaco y Niza, aspirando las brisas salinas que refrescan sus bosques de magnolias y badiánes, hollando sus alfombras de heno oloroso y subyugado por el arte exquisito con que la opulencia fabricó sus palacios, entre la floridez de la costa y la espuma del mar.



Escalando las soledades de Ventimiglia, penetré por caminos polvorientos en sus calles luctuosas, tapizadas de marañales de oxiacanta, cercadas de tugurios de mendigos y brujas andrajosas, interceptadas por escalinatas que dan acceso á palacios

barrocos trepados de coníferos, y entre voces quejumbrosas que en desaliñada tristora envolvieron mi alma en un fluido melancólico.

Así pasé por la etrusca Vetulonia y la poética Santa Marinela, dejando á los costados las viejas hosterías abandonadas ya por el transeunte y penetrando en el subterráneo de Sturla á Pisa, en una lobretez fría é interminable.

Así traspasé la costa tirrénica, entre frondas de mirtos y olivos, sugestionado por el arte suntuario de Génova, que hizo latir el idealismo en las moléculas de la piedra y el bronce, y arrebatado por seducciones amorosas, que cambiaron mi espíritu de estoico en soñador.

Inspirado por estas extrañas emociones, que hice nuevos afectos de mi alma, llegué á la Ciudad extraordinaria, á la Roma severa, emporio del arte vetusto, jamás soñada por mí tan eminente, donde es feliz hasta el mendigo en las puertas de sus templos y palacios, porque Roma es el conjunto de todas las bellezas y de todos los amores célicos.

Y escudriñando en los rincones ocultos de esta ciudad, buscaba sensaciones incognoscibles que no hubiera leído nunca en las revistas de viajes, recorriendo para ello las calles más intrincadas como hice en Gévova y Pisa, á la hora más misteriosa de la noche, cuando las lámparas incandescentes están cansadas

de resplandecer, cuando las luces mortecinas de las candilejas ya no tienen aceite; en ese instante agorero que dista aún de los albores del día, fué cuando en las estrechas calles de Génova ví los convulsionarios zíngaros bailando la sarabanda de la fortuna; á esa hora, distante aún del alba, penetré en el viejo camposanto de la ciudad de Pisa acompañado de locos poetas noctámbulos, solo por contemplar en la penumbra las estátuas de los sepulcros, que cual fantasmas envueltos en sudarios, abandonan sus pedestales y transitan sobre el césped del patio y sobre el resquebrajado pavimento de las galerías.

Yo percibía á mi espalda el

golpear de sus pisadas y veía las siluetas de sus formas pasar sobre las pinturas murales.

La lucha de la luz con la sombra y algo de la fantasía dibujan esta extraña visión, disipada con los primeros cambiantes del día, que pone ante los ojos las estátuas sobre sus mausoleos, los bustos mutilados en las urnas cinerarias guarnecidas de inscripciones borrosas, las deidades en las hornacinas, y en suma, en su emplazamiento señalado, veinte siglos de arte carcomido, que Etruria y Atenas transmitieron á la posteridad en aquel museo de la muerte.

Como tengo dicho, en estas horas de misterios es cuando yo recorrí los arraba-

les de Roma, penetrando en los hostales de negros muros donde están los bohemios cantando el romance de la *rondinela*; los forzosos misántropos arrinconados en las murallas de las ciudades: que así están en Granada relegados al Albaicín, lejos del cariñoso roce de la civilización y cantando el romance de la *golondrina*.

Junto á mí oí rumores de risas y bailes acompañados del adufe; eran ellos que hacían estación en una miserable choza de la vía Apia, allá fuera de la Ciudad, cerca de las Catacumbas de San Calixto, donde me recibieron con agrado, brindándome su po-
brísima cena de tortas de Nápoles y vino agrio de Chipre.

Allí estuve alojado hasta la mañana que descendí á las guaridas de los cristianos, tenebroso asilo donde reflu-yó la sangre entre ayes de dolor, mientras los peregrinos de la vida partieron á Civita-vequia, rasgueando el laúd, tan alegres siempre y tan satisfechos de su suerte.

Yo no olvidaré nunca esta rara impresión y siempre resonará en mis oídos el quejido de sus cantares, sarcasmo de cariño al despecho, cuya repercusión formaba una triste melodía con las aguas del Tíber y sobre los muros de las termas del tirano: eco igual al que en otro tiempo resonó en mis oídos entre las riberas del Genil y el talud de la Alhambra.

Más adelante agitaron mi ánimo otras melodías de músicas y amores ignotos; que en las églogas del bosque de aloes y en las barcarolas del mar azul, la música tiene ritmos de besos apasionados, que infiltran en el pecho el fuego del Vesubio, y el amor, dulce cadencia de abrazos, que refleja en los ojos de la mujer tirrénica angelical idealismo.

La protagonista es siempre sublimemente sensible.

Ella, como la andaluza, es supersticiosa en el amor; nunca aparta de sí la ajorca emblemática donde está grabado un juramento de fidelidad, llora cuando los augures pronostican rugientes las aguas de Gaeta y torna en pla-

centera al primer destello de luna.

Yo la ví en el Golfo bajo el calor estival, velados los ojos por negras crenchas, cubierto su seno por berta de gayas, bellísima cual visión angélica, recostada en la borda de la canoa, con su mirada en el infinito y su pensamiento en el ensueño

Así es la mujer en Italia, toda arcano de palpitaciones, romanzadora, sencilla y tierna en sus querellas, emocionante en el idealismo de sus amores.

Y furtivamente penetré en el antro de las sibilas (sito en el Campo Pretorio), donde

están las confeccionadoras de amuletos, semejantes á las que en los tabucos de Puerta Salaria hacen los talismanes de la vida y del amor, introduciendo en burbujas de cristal ceniza de fénix (?) y púrpura de cínife; mientras viejas arpías, echadoras de naipes, presentan las damas nobles (?) enmascaradas, que dan besos y abrazos por unos sueldos para la caridad.

Unas y otras sostienen estrechas relaciones con los anticuarios del gancho de la vía Tordinona, satélites del aquelarre, que me asediaban en el albergue Barese de la via Copelle, mi centro de operaciones.

Estos son palancas más poderosas que las cancillerías

para el extranjero que busca los misterios.

Ellos me condujeron al *fondug* encantado, donde los baldosines del piso se van hundiendo á las pisadas; aposento misterioso donde el velón encendido se aleja para no ser apagado, la cómoda «anda» sola, la ropa y el calzado desaparecen tan pronto como el huésped se desnuda, la cama se dobla por mitad sobre el cuerpo, la caja de fósforos, la cartera de notas, el pañuelo, el reloj y cuantos objetos se pongan en la mesa de noche se lanzan al espacio, mientras los personajes de los cuadros, alargando los brazos, retuercen el bigote y dan tirones de orejas al paciente huésped y rien y aplauden

en medio de su contrariedad. Estos son hechos raros é inverosímiles en apariencia, pero positivos de toda realidad para el que los ha presenciado y estudiado; problemas resueltos por la magia moderna (?) para interesantísima recreación del que lo desee, aun pasando una mala noche en poder de los brujos.

Ellos me introdujeron en un santuario del arte, donde no penetran más que los favorecidos de la suerte, y en este caso lo fuí yo.

Allí contemplé largo espacio de tiempo, la obra más habil del cincel y pincel de Cánova, la estatua desnuda é iluminada de la princesa Borghese. Es la obra de arte más bellísima y original que pue-

de admirarse: hizo bien la princesa al transmitirnos su plástica fascinadora; en ella bulle su alma, los músculos tienen morbidez y calor, los ojos brillo, y dentro del pecho palpita un corazón de mujer paradisiaca, arcano de amor, imagen del plasmó más arrebatador de Dios.

Yo pasé después indiferente por los museos y por las naves de las iglesias; la legión de esculturas, incluyendo en ella la Venus mutilada y el Moisés de Miguel Ángel, me pareció rígida y fría, y este último una aberración mitológica.

La estatua de Paulina Borghese es una mujer cataléptica; allí está, en su Villa, en medio de parques egipcios.

¿Qué más decir de Roma que no sea universalmente conocido?



Por entre amenas campiñas y bosques nemorosos llegué á Florencia, perfumado jardín de Italia, donde está el encanto de la inspiración y el sentimiento de la poesía.

Allí, en sublimes delirios de amor, se desliga el espíritu, vagando entre los recuerdos de Dante y Beatriz; por todas partes se leen sus nombres, escritos en oro, bordados con flores, estarcidos en las paredes, expresados en las canciones, esculpidos en el mármol al pie de sus estatuas, mágicos trozos de piedra vivificados.

Sus memorias son tan amorosas que, deleitando los sentidos con placeres purísimos, distraen la tristeza de la nostalgia y acarician el alma apenada en la tierra, llevándola al ideal del cielo.

.



Y andando el tiempo tuve decepciones

Sin llegar á Helicón, encontré la virtud generadora del éxtasis de donde brotó la imitación, esa maña bastarda y cautelosa llamada arte, que los preceptos han hecho raquíptico trasunto de la belleza y que sería verdaderamente bello si fuera libre.

El arte es el cautiverio de la inspiración; él con la si-

metría en la arquitectura igualó las hojas del roble y del acanto, mudándolas de voltarias en rígidas; con la métrica en la poética ató las alas del genio ciñéndole al número; él amaneró el ideal de la pintura, envaneció la oratoria y declamación y, más tirano aún con el pentágrama en la música, encadenó la libertad del bardo, oprimiendo su garganta y ahogando su selvática melodía.

Así es que cuando más sugestionadora encuentro la belleza, es cuando más distanciada está del llamado arte; porque entonces, sacudiendo la tutela del axioma ficticio y de las reglas que le dictó el hombre preceptor, produce éxtasis en el espíritu.

VII

Yo venero el pasado decrepito y mohoso con la misma reverencia que al viejo maestro de ojos apagados y cabellera blanca, con idéntico amor que á la anciana madre de enfaldo frío y pechos exhaustos; porque los monumentos antiguos, recubiertos de parasitarias, pregonan la grandiosidad de las generaciones pasadas, como simbolizan un portento del ingenio humano los vetustos engranajes cubiertos de polvo y arrimados al rincón de un desván: por eso soy cultor de



la vieja belleza, y en mi veneración, la creo programa dialéctico en la vanguardia del progreso; sintiendo extremada aflicción cuando pienso que frente al acueducto de Segovia y al monasterio del Escorial, no pondremos los españoles del presente más que fábricas pueriles, lo mismo que al lado de los cadáveres numantinos, y esto en el orden moral, moriremos con la mueca letárgica del idiota, sin contraer los músculos, sin brotar centellas de los ojos, sin exhalar una maldición del pecho...

El pasado es grandioso: por eso creo que hay belleza en lo viejo, porque los monumentos y la historia de la antigüedad estremecen y sus-

penden el ánimo, porque sus jornadas patéticas ó sangrientas, en su languidez ó en su crueldad, son extremadamente sublimes.

Yo he sido feliz contemplando los vestigios de la Roma vieja, en los restos de los Foros y del Coliseo, en los arcos triunfales y silos de los cristianos; como he sido dichoso pasando bajo las arcadas paduana y bolonesa, que la inspiración dejó un portento estético entre los muros de estas insignes ciudades. Allí está Padua con su Basílica, tesoro de arte y de historia sacra; allí está Bolonia sobre los cimientos de la etrusca Felsina, con restos del templo de Isis, con las portentosas torres inclinadas

Asinelli y Garisenda, con el laberinto de San Estéfano; allí están ambas ciudades, museos arqueológicos, guardando ruinas de más de veintidós siglos y sirviéndose de ellas.

Allí están esas dos maravillas incomprensibles, abundantes en construcciones de todas las edades, adosadas cariñosamente, unidas por galerías y vestíbulos, descansando sobre criptas y pasajes soterrados, interpoladas por sepulcros, columnatas, capillas, camarines, bellísimas fuentes de mosaicos, delicadas forjas de hierro y toda una riqueza pasmosa atesorada con amor en sus recintos.

En mi concepto puede de-

cirse, sumando á Luca y á Ferrara y sin descartar á Nápoles, por lo pintoresca, que Padua y Bolonia son las más interesantes ciudades de Italia, como Toledo y Granada, sin olvidar á Sevilla, lo son de España, porque tienen una virtud propia, tangible inspirativa, aun en medio de las violentas trabas que desde antiguo obstruyen la belleza.



Venecia, la cimentada sobre canchos y pilotes, la bella y rica en medio de sus canales infectos, la portentosa por sus palacios de mármol ya ennegrecidos por el tiempo, la sublime por sus palomas poetizadas por los músicos y los pintores.

La Venecia de hoy, comparada á la que nos describe la historia, infunde tristeza: los suntuosos palacios Dario, Manzoni, Foscari y Balbi, modelos del estilo gótico y del Renacimiento, ya están silenciosos, y el agua que baña sus escalinatas está turbia.

Las nobles moradas románicas, Grimani y Loredan, están envueltas en un tinte sombrío y las aristocráticas mansiones Pesaro y Giovannelli, aquellas de vestíbulos orientales y fastuosas salas de baile, ya no tienen flores, ni pajes que amarren las góndolas á los gaviteles, ni enamorados galanes, ni damas desdenosas en los balcones, ni trovadores que lloren despechos.

La Venecia de hoy es una agencia mercantil en medio de un museo; su puente Rialto es un mercado de bisutería; los cobertizos de la Plaza de San Marcos son galerías comerciales de arte moderno, donde abundan los objetos de cristal, mosaicos y filigranas de plata.

Esa es Venecia á la vista, siempre bella por sus lagunas y artísticos puentes, por sus jardines alejandrinos, sus parques Lido y Murano, sus escondidos canalizos y su náutico cementerio.

La Venecia reservada está en las pinacotecas, en la antigua Escuela de Santa María de la Caridad, en el Museo Cívico y en las viejas iglesias.

Allí están las obras de Ti-

ciano, Tintoreto, Rafael y Vinci; y al lado de esos nombres está el de nuestro Ribera, el jativez Españolito, y yo sentí un placer indescriptible al leer su mote en un tarjetón bajo el martirio de San Bartolomé.

Allí está la más rica colección ethnográfica del continente inexplorado, allí se guardan recuerdos de Siria, Bizancio y Persia; porcelanas de Faënsa y Gubbio, estatuas bíblicas y restos de la sinagoga de los judíos españoles.

¡Oh, Venecia! eres bella y rica á pesar de tus canales fétidos.

A orillas del río Adigio y entre el Tirol, Vicenza, Ro-

vigo y Mantua, hay una ciudad llamada Verona que guarda la leyenda de los amores de Romeo de Montesco y Julia Capuletti.

Allí, cerca de la abadía de los monjes Franciscanos, hay vestigios de un cementerio, y entre unos muros de granito vitrificado por el tiempo está un sarcófago labrado en un prisma de mármol rojo rodeado de basamentos y trozos de cañas de columnas, que guardó los cuerpos de los infortunados amantes Julieta y Romeo: personajes que dieron argumento á Luigi da Porto para escribir en el año 150... una interesante crónica, que más tarde, en 160... Shakespeare llevó al teatro convertida en drama.

En esa ciudad de Italia, rodeada de misterios, existe aún el palacio de los Capuletti, dura mole de la Edad Media, que aun conserva las panoplias manchadas de sangre, las dagas de puño de oro damasquinado, las pomas con heces de veneno, las escalas de esparto y seda, el eco que-
do de los besos y los cendales empapados en lágrimas.

.

Es Milán el joyel de Italia, donde está engarzado el máspreciado brillante del arte gótico.

¡Oh! ciudad más bella del Olona, poseedora de la pinacoteca Brera, guardadora de las creaciones de El Domini-

quino, Rubens, Van-Dik y Rembrandt, sagrado valladar de la casita de Francesco Petrarca, recinto de las tiernas inscripciones, de los sublimes epitafios que dejan en el espíritu del peregrino un rastro de dolor.

El arte en los cementerios de Italia ha hecho la pena expansiva; la contemplación de los grupos escultóricos, emblemáticos de agonía y desolación, contrista el alma, llevándole al mismo tiempo á regiones ideales, entre expresivas frases que el amor puso en boca de los moribundos

Allí vagan los espíritus señalando el sendero de ultratumba, como estela guadora á estaciones felices, en-

tre baharadas igneas que queman la frente, bajo el céfiro que en la arboleda murmura canciones.

Yo sentí con la desconocida familia la muerte de su niño, de aquel Angelino de ojos azules, que ya no sonríe á las caricias de sus progenitores; y lloré la soledad con el amante esposo, que ya no tiene ni el cadaver frio sobre cuya frente dejó sus últimos besos.

.....

VIII

Y traspasando la frontera por Lugano y Bellinzona, pa-

mo es el centro, y en medio del que, girando los talones, se ve de una sola ojeada tres cadenas de montañas, catorce lagos, diecisiete ciudades, cuarenta aldeas y setenta cumbres nevadas, todo en un espacio de cien leguas de circunferencia.»

Yo no tuve esa suerte; los edificios y los lagos se perdieron en la lejanía, y solo quedaron las eminencias hoscosas, los hielos y las plantas hiperbóreas.

¡Oh, Suiza! Deleitable edén de flores y nieve; tus lagos reflejan los nautas del amor, tus caricias son dulcísimo sopor del alma.

Yo veo tu imagen en el evo

confidencial de la idealidad, y por ello, recreo mi pensamiento en el cosmorama seductor de tus atractivos. Yo recorro nuevamente el paraíso encantado del Monte Blanco, jardines de Zurich, Lago Lemán y altura del Righi, rápido como el tren que me condujo á través de tus campos nemorosos y montañas glaciales, por entre abetos gigantescos y colosos de hielo, en medio de brisas bóreas, ventisqueros y turbiones; así veo una vez más el grifo y el azor, que afanosos suben á los fastigios congelados y se ciernen sobre las nubes, y el esquife del amor, donde la pastora helvética canta sus madrigales, en concierto con las gárrulas aves de los enci-

nares; ¡así deleita mi espíritu
tu belleza, oasis del Paraíso!



Es la Suiza mansión inspi-
rativa, que brinda al viajero
con purísimas excitaciones
sus encantos subyugadores.

Allí está el arcano virgen
de las selvas suspendido en el
abismo, entre rocas grises y
verdosas, que apuntalan el
diafragma azul del espacio; el
torrente de agua saltadora,
silencioso al nacer en la altu-
ra, estrepitoso al llegar al ba-
rrancaral, manso al fecundar
las unífeas de los prados; los
lagos espejados que reprodu-
cen las aldeas; los cisnes riza-
dores de las aguas y el refugio
del pintor, del naturalista y
del excéntrico, que encuen-

tran el sosiego después de la nevasca de los canchales, tragedia que produce vértigos y escalofríos.

Allí están Ginebra y Lucerna con sus moradas fastuosas, con sus rústicos albergues cercados de flores, ocultos entre boscajes mimbreros; allí están soñolientas por las caricias del arte naturaleza y arrogantes como hurís de los cantones; allí se escuchan las armonías de los arroyos y de la flauta, ecos pastoriles del Rhin y montaña del Jura, que como en otros casos, trajeron en recordanza á mi espíritu el susurro del Navia y los lamentos del caramillo de la sierra y valle de Elstredo, melodías nativas de .. la Suiza española.

Allí se estriban los sublimes paisajes de la Saboya en los confines del Lemania, con su castillo feudal ya desmantelado, mojón hoy de la libertad, réprobo centinela que guardó ayer la tiranía y el despotismo; allí está todavía aunque inofensivo, con su fisonomía aviesa, sus cimientos asentados en el Báratro, su rastrillo calcinado, sus cadenas cubiertas de óxido y sus torrecillas desmoronadas; allí permanece entre un bosque de heliantemos y y sobre un lecho de espumas que exorcizan sus piedras malditas; cerca de él está el Righi; á cuya plutónica atalaya llevó la ciencia el hombre del día, prodigando la chispa eléctrica en las montañas ca-

vernosas, relegando los duendes á los cuentos romancescos, perdurables en las pastorelas de los zagales.

Allí están ellos, verdaderos artistas espontáneos, perpetuadores del amor selvático; allí moran los lacustres que cantan sin amanerar las canciones, los paradisiacos que no fatigan el espíritu con la vanidad humana.

Así es Helvecia garrida, la presentida amorosa, la que se adivina sugestionadora desde las fronteras de Italia y Francia, que le sirven de atrio como á mansión felice, y le arrullan en su paradina como á niña mimosa.

Así es: taller de ciclopes y nido de pigmeos, donde al lado de prodigioso funicular que

arrastra toneladas de peso, está el perro enganchado á un pequeño carro conduciendo cántaros de agua; junto al palacio de la más clásica construcción arquitectónica, está la rústica alquería que acaso le supera en belleza; inmediano á los balaustres, acroteras y cúpulas de mármoles y pizarra ornamentados de campánulas, están los tapices floreados por tallos voltizos y guirnaldas de élévoros.

Así es la bella Suiza, paraíso de la abundancia, Eldorado imaginado antes entre el Amazonas y el Orinoco.

Así es la culta Suiza, que incinera sus muertos entre armonías del *melodium* y cantatas infantiles; que educa los niños cuidando los árboles y

acariciando los pájaros, que tiene el amor de repleta aljaba para herir el corazón y cautivar los ojos.

¡Yo amo tu recuerdo, alpina embelesadora, tus puros deleites pasan encadenados por mi mente, y siento una amargura desapacible al pensar que no veré más tus seducciones, y me place el haber dejado en tu vallado un pedazo de mi alma!

IX

Y cansado el cuerpo y abrumado el espíritu llegué á París con el cerebro lleno de estatuas, viaductos, túneles y

montañas, con el pensamiento atrofiado por extrañas incidencias, con la voluntad rebelde por las contrariedades.

Y.. sin embargo...



Este es el gérmen del amor. Erebo acaricia un ideal dormido en la corola de una margarita congénita, y entre palabras misteriosas desprende, uno á uno, los pétalos de la flor, mientras Éter siembra de luceros el manto del Caos.

Simula en el cosmos la conjunción de besos entre la densa sombra y un haz de claridad; finge luego las pristinas nupcias de las tinieblas y la luz, y al apartarse, cuando la creación, lloran un arroyo de estrellas.

He ahí el argumento de un cuadro del «mimóscopo» en el «Cielo» del *boulevard Montmartre* de París. Yo no sé si los demás espectadores lo interpretaron así, ni sé si el poeta en esa forma lo concibió, pero yo soy feliz soñando.

Al principio me parecieron ficción los personajes simbólicos, mas, gradualmente fueron trocándose en realidad, aunque enigmática, pues á Éter también lo personificaba una mujer.

Erebo y Éter: dos mujeres bellísimas, extremadamente bellísimas, como no puede soñarlas la imaginación ceñida al más perfecto concepto de la estética.

Parangonar sus ojos á los



resplandecientes luceros del infinito, sus rubores á las mejillas de los querubes, la luz del nimbo donde se esbozan al empíreo, es degenerar el prototipo de la belleza, y yo no me atrevo á hacer esa profanación. Erebo y Éter son una página de la naturaleza que subyuga con dulce placidez, un atractivo extraordinario de las orillas del Sena.

Río Sena, parduco saurio, cuyas escamas coloreadas en la noche por la fluorescina, brillan deslizadas entre estatuas de mármol y acantilados de geranios y rosas.

Tú eres el fascinador cancionista de las Tullerías, el de

los tiernos murmurios á la *Madona* francesa, el río de los misterios del amor.

Por tus riberas desfilan las mujeres hermosas, velando cual luciérnagas en contorno del insomnio; á tu lado está *La Morgue* donde termina el placer y el dolor, donde está apagada la retina, la sangre coagulada y los músculos yertos; cerca de tí está el repugnante menaje de clavos, cuerdas, linternas y cuchillos; desconcertando la alegría que bulle sobre tus andenes y amargando el contento vivífico.

En tus inmediaciones están las grandes atracciones del progreso, en contraposición á la avalancha de la locura; la electromotriz empujando al hombre bahunó cotizador

del sensualismo, la Mesalina arropada en seda; el fluido radial iluminando la exhibición de la voluptuosidad en los mercados de los orquides y de las ambarinas; los comercios de arte adulterado, donde se expenden las imitaciones de piedras preciosas, bronces oxidados y porcelanas viejas; los libros incunables de tinta fresca y las espadas y rodelas de la Edad Media calientes aún por la forja.

Por tus puentes transita dificultosamente á pie y en carruajes, la multitud heterogénea buscando algo que no encuentra de uno á otro *boulevard*.

Los *boulevards* en mí están impresionados, pero ¿cómo decir algo de esos torrentes de la moda y del mercantilismo egológico?

Los *boulevards* son nidos de pasiones, apostaderos de la ostentación, círculos de los coplistas callejeros, de los numularios y de los pintores de melena larga.

En ellos se encuentran. . .

.
.
.
. & &

Y de aquí, á las cantinas del buen tono, *Olympia* y *Moulin Rouge*, y á las tabernas de los suburbios, donde á la

media noche descansan de la orgía los *boulevardiers*, donde el cínico, ya fuera de combate apoyado en el escabel, reclina su cabeza sobre las rodillas de la pálida bacante que recostada en el confidente ya no le besa.

Allí está la locura cascabelera de los sátiros, entre la espesa atmósfera del alcohol y el tabaco; allí están las bellas frenéticas convertidas en ménades, porque sus caricias ya producen hastío; allí están locas, con el pelo suelto y el jubón al desgaire, semejando fabulosas Willis, que ahogan entre sus brazos al esquivo ídolo.

Y un nuevo día, despertan-

do las flores y los pájaros de los Campos Elíseos, da perfumes y armonías á las brisas del Sena, que aromatizan y alegran el ambiente caldeado y melancólico de la velada.

Y pasan los trasnochadores cavilosos con las manos en los bolsillos, las damas incógnitas con las plumas de los sombreros lacias y las faldas de los vestidos arrugadas; los polizontes, sustituyendo la ronda nocturna; los demanderos de hoteles y fámulas de la sisa, los vendedores de periódicos, los buhoneros y tantos otros microcosmos que hormiguan á los primeros reflejos del alba.

Y enlaza la vida del medio día entre la mayor confusión, con nuevos asaltantes de los

tranvías y automóviles, vehículos de cacería que advierten su paso con armónicas clarinadas, estudiantes que entran y salen en las escuelas y museos, el mundo elegante, los príncipes refugiados, los ostentadores de las abigarradas libreas, diplomáticos, cocheros y lacayos; y continúa la misma rondalla con pequeñas variantes, uno y otro día, del principio al fin del año.

Y de aquí á Lion, la antigua *Lugdunum* hija del pintoresco Saône: allí visité la notable necrópolis de *Loyasse* y el riquísimo museo *Saint-Pierre* donde figuran pinturas de los españoles Zurbarán

y Cano: hice escursiones al *Mont-Ceindre*, y por el funicular á la basílica de *Fourbieres*, panteón de artistas contemporáneos, donde, al igual que en San Francisco el Grande en Madrid lucharon los pintores en la arena paléstrica, batallan en éste denodadamente los mosaistas para legar un destello de su numen á los venideros.

Y por Nimes, Arlés y Tarascón llegué á Port-Bou, primera tierra de la amada España, tan recordada en la ausencia, y al valle y monasterio de Monserrat, desconocido hasta entonces por mí.

X

Y retrospectivamente en otro tiempo á Cádiz.

¡Oh, náyade fenicia, cuán bella eres arrullada en medio del mar! Cuando en aquella edad de mi inexperiencia llegué á tí, acariciaba ilusiones; hoy, aún en medio de mis amargos combates, te veo tan graciable como entonces, tan blanca como la nieve, tan alegre como festiva estabas en las veladas de San Antonio el año 1875: y de tí á las rocas graníticas del Anghera y á Sierrabullones abrigando esperanzas irrealizables; á los barrancales montaraces de

Bensú, donde en medio del silencio de la soledad, leí tantas novelas de intrigas y amores, voluminosos protocolos que robaron mis primeras horas de hombre, mamotreos superfluos é inverosímiles que desviaron mi voluntad.

A los aduares zahareños, al serrallo de Miltsin donde están los *aguadís* llorando las pérdidas de Córdoba y Granada, donde está el *káid* de los jardines regando las flores que dice ser hijas de los cármenes del Darro.

Y á las orillas del Betis, edén de los alcázares y las flores, á la Sevilla sortílega abrumadora de ideales, donde está la casita humilde del pintor de «La Perla», con su memoria perpetuada en una ins-

cripción, como está en Pisa la covacha de su contemporáneo Galileo, ostentando el nombre del genio en el libro de mármol de la posteridad.

Y á las moriscas Granada y Córdoba, en medio de la tristeza de sus secretos, entre sus celosías confidenciales, sus gitanas geománticas, sus vegas de vides y naranjos, su céfiro portador de frases íntimas, serenatas de amores y lamentos de laúd.

A Lisboa, anciana Alfama del Tajo, que extiende sus canosas melenas entre castillos y monasterios, trasgos y ruinas de la leyenda ibérica, romanceadora del feudalismo castellano.

A la villa del Guadarrama, cuna de rateros y conspirado-

res, antro de arpías y parroquia de manolas; á Barcelona exuberante, á Valencia jardinera, á las Vascongadas atabaleras y flautistas.

Y más tarde escalé las escarpas de Sierramorena, donde están las estratificaciones y paisajes líticos; y vagando tuve residencia en la Granja de San Ildefonso, donde el artificio hizo del agua una malla de irisaciones; y en los poéticos Valles de Pas y Liébana, en el tormentoso litoral cantábrico, en el risueño Bidasoa, y de estación en Hernani, de tristes recuerdos para mí.

A la bella Bilbao, donde tuve la suerte de frecuentar el trato de don Antonio de Trueba, á Guénica, donde

está el roble simbólico de la libertad.

Y siempre afanoso, persiguiendo irrealidades coincidentes con los delirios de la infancia, aumentando el índice de afectos amistosos, sumando nombres á la estafeta del amor voluble, guardando hojas de flores secas que ya hechas polvo el viento disipó, como desvaneció el tiempo los falaces letargos.

A la patria de Marsilla é Isabel, donde el Guadalaviar llora el despecho en himnos amorosos, donde el aire en quejidos lastimeros recita rimas de ultratumba que se pierden en la quietud de la ciudad, entre las sombras de la noche.

XI

Filipinas: ¿Impresiones de aquel tiempo?

Pueblo de niños inocentes, de humildes autómatas, sumiso á España con la presunción, esclavo con la vanidad.

Pais de las ficciones y de la novela, de las lentejuelas y oropeles, de la disipación del tiempo y malversión del caudal. Región de los bosques de bambosas, algodonales y cabuyas; *chalets* aristocráticos de tablas con rendijas y nidos de reptiles; diamantes, perlas y delicadísimos bordados en sedas; hogar astroso y ham-

bre; inercia, música y baile.

.....
Mira la dama malaya en sus razas tagala y bisaya, cómo pasea su belleza en elegante carruaje, luciendo en su indumentaria un tesoro oriental; mira la misma abyec-ta filipina cómo se alimenta miserablemente con unos granos de arroz y un pescadillo seco.

Ella es la que en el sarao de la noche toca el arpa, la ostentosa de la «calzada del iris», de la «luneta» y de la «escolta», la de los jardines de la calle de Máisic, la misma de falda de piñuela y zapatitos estofados, la de tapiz de esparto y almadreñas, la religiosa cristiana por imitación, la que conoce veinte dialectos

tos, juega al *panguíngui*, alisa su pelo con aceite de coco y perfuma su baño con *musqué* y *myosotis*.

.....

Luzón, isla privilegiada entre todas las del mundo tropical, amazona de los dos mares que hasta ayer conservó la leyenda caballeresca; la que entre sus bosques dorados por el sol esquimal y besados por la brisa mongola, encerraba las mallas aceradas del guerrero de Castilla y el sayal del catequista, la goliella y travesuras del fusilero y la cruz y oraciones del fraile.

Y más tarde á la Isla de Polillo en el Mar Pacífico, á Vigan y Salomague en el Mar

de la China y á la montaña donde nació la mujer aeta, donde modula el *ambáteg* los ayes del moribundo.

Allí, distante de los nativos lares, bajo un sol tórrido agobiador, oprimido cariñosamente por los brazos de la mujer tropical, quemado por el calor de sus besos y fascinado por la melancolía de sus miradas, las lágrimas de la nostalgia inundan los ojos y caldean las mejillas; y entre vaporosas faldas de *jusi*, flores de ylang-ylang, armonías de arpa, canciones tagalas y fulgores de la luna sobre el Pasig, la mirada vaga en el espacio, buscando por entre los celajes del horizonte la tierra querida que está más allá; y entre farolitos de colo-

res, girándulas, ojos nazarenos, talles voluptuosos y labios de fuego, llora el alma la falta de la choza amada, aun en medio del placer de tan extraño festín; y entre el humo venenoso del opio agitado por el vaivén del *pancáz*, néctar del buyo y mangostán, graciosas almeas y sensuales bayaderas, la fantasía sueña en horas dichosas que esperan en una playa amada.

Singapur. A recorrer de prisa la ciudad en busca de monedas antiguas. No hay que perder un momento; son las once de la mañana y á las cuatro de la tarde hay que estar reembarcado. El cochecito de laca, tirado por vigo-

roso chino, se desliza con rapidez sobre el asfaltado.

.....
Aquellos ídolos de bronce, barro ó madera, los pesados trozos de armas, las vasijas de cerámica, los jirones de brocatel... nada de esto cautivaba mi atención; pasaba rápidamente por ello la vista, buscando algo concreto á la numismática.

Los garabatos que en mi cartera trazó el Vice-Cónsul británico en Manila, fueron inútil brújula para guiar mis pasos en aquel hormiguero, apiñado de más de cien mil habitantes que desviaba mi dirección empujándome siempre.

¡Cuántas veces pasaría cerca de un cambista ó de un

anticuario, que en sus arcas ocultaría mi deseado tesoro!..

Mis compañeros de viaje lograban fácilmente sus deseos, adquiriendo objetos de concha, seda y sándalo, pieles y plumas; tomaban café y refrescos, se detenían en los comercios, visitaban las pagodas y los cementerios.

Yo no tenía un momento de quietud, y en tal agitación circulaba veloz por galerías y viaductos, atravesaba grandes paseos y mercados inmensos; escudriñaba por rincones y encrucijadas, interrogando con los ojos los anuncios en desmesurados cartelones de colores, los estandartes monográficos y gallardetes con elefantes, medias lunas y dragones, los faroles con miste-

riosas fantasías japonesas y todo el simbolismo inconexo del Asia, que fatigando el pensamiento, le dice al europeo:—Tú no entiendes mis jeroglíficos; márchate que pierdes el tiempo; mi industria está hoy en tus ciudades y mi arte prodigado por todo el mundo.

Negativo precepto para mí; ya no encontraría nunca mis codiciadas monedas; abandonaré para siempre y sin lograr mi deseo la babilónica Malaca, la mascarada de coletas, birretinas rojas, turbantes blancos, sandalias y jaiques, gargantillas y zarcillos; paleta de loco pintor y aborto bello y fabuloso, como hijo... de los mil y un cuentos.

.....
¡Buena nueva! En la parte norte de la ciudad están los *cochitriles* de los anticuarios maléficos, de aquellos de tez cetrina y ojos bailadores, de barba cana y garras de guardaña, los idénticos en toda la haz de la tierra, hermanos de los de la Ladra de Lisboa, tíos de los del Rastro de Madrid, sobrinos de los del Temple de París, abuelos de todos los Encantes de Barcelona y bisabuelos de los «babuinos» de la Ciudad Santa.

Yo penetré con respeto, aunque con reservada malicia en aquel panteón de la historia, donde había tal desorden en las cosas y tal algarabía en la expresión de los idiomas siamés, bengalí, lep-

cha y malabar, que el más erudito arqueólogo ni el más docto políglota podría arreglarlas ni entenderlos.

Como en otros casos semejantes, la mímica resolvió el problema. ¡Albricias! Ya están en mi poder las monedas brahmánicas con caracteres del sagrado sanscrito, los ticales antiguos sin el resello del elefante, las barras de Cambalú, las chapecas provinciales de la China, el caj de las Molucas, los kirates de la Arabia, el A-le-dín del Afghanistan...

Ahora hay tiempo para todo.



Es la hora de la siesta; el patio está solitario y aroma-

do de sándalo, y en el misterio de la quietud se oye una sonata de *aristón*.

Unos diminutos pajarillos saltan alegres sobre el estrado; el matiz de las paredes es de fondo azul afelpado tramado de flores de plata, y en los ángulos de la estancia se elevan surtidores de agua odorífica.

En contorno pepueños taburetes, mesitas de bambú y tibores con helechos arbóreos, ocultos por disimétricos esparabanes de ébano tallado, espejos y sedas. Es una mansión japonesa; es un nido del amor en Oriente.

Allí está Yuskilora, vistiendo pintoresco tejido ajedrezado, cinturón recamado de oro y esmeraldas, zapatillas

de red y una hoja de rosa en los labios.

Allí está con su cariñosa expresión: «¡ven á mí, yo te amo!» con su séquito de mimosas que brindan placeres, que ocultan picardías con los abanicos, que descubren hechizos descuidando los pliegues de las túnicas.

.....

En pequeñas tazas de esmalte se apura el the esencia- do, deificado elixir que reanima en la danza *nao*, cuando el braserillo fumífero que- ma el opio que adormece dulcemente, entre melodías de la *kajika* cantora y del campanólogo *suzu-mushi*.

.....

En tí, bella Ceilán, está Co- lombo, que al igual de Singa-

pur se baña en el mar; en tí se asienta la tan coquetona, alegre y bulliciosa, la de luces de colores, trajes grotescos, tez de blanco y siena, palacios y navíos pintorreados y lenguaje jerigonza; la de aspecto polichinela y risotada carnavalesca.

.....
 ¡Quién pudiera arrancar, negra *milytch*, una medallita del sartal que adorna tu cabellera y tu garganta!

No quiero tus ojazos porque hechizan, ni tu carro con sus uncidas vaquitas, ni tus huertos de canela, ni tus venerados cuervos; sólo deseo una medalla de tus dioses, una memoria de los sacrificios; dame ese recuerdo tuyo, para llevarlo á España.

Port-Said: una noche en tu regazo es un instante feliz de la vida; pero, pobre incauto que se abandona en tus brazos, porque tu aliento delicioso y embalsamado contagia y envenena.

Encierras algo inexplicable que atrae y repele, que cautiva de ilusiones y mata de desengaños; robustez en los músculos y anemia en el alma, oro en el comercio y escoria en las costumbres.

Te forman partículas corrompidas de Marsella, Nápoles y Túnez, que te contrastan mal con tus ancianos y graves vecinos, Jerusalem, el Nilo y el Sinaí.

Aquí está el primer versículo de las leyendas orientales, la llave del Mar Rojo,

algaidas y Lagos Amargos, la puerta de Oman, Eritrea y Socotoras y el escalón del siniestro Guardafuí.

Aquí está el conjunto intrincado de la actividad del pensamiento y la inacción de la materia, el vestíbulo de los sueños y fantasías, el atrio de la historia de la humanidad.

.....
 Adiós, joven Port-Said; mimadora y explotadora del transeunte, mullidora de deleites, continúa con tus odaliscas amadoras, tu música dormitiva, farsas epigramáticas, teatros crapulosos y bailes juguetones; y que Allah mantenga siempre inflamados los potentes reflectores que, alumbrando la entrada

del Canal, irradian poéticamente tus noches de orgías.

XII

Y siempre incansable retorné muchas veces á la isla del Nublo, cuna de mi ingenuo amor, donde velan las mujeres su frente con la mantilla blanca; y á Nivaria mirífica, aquella del ideal soñado, la concha del Occidente que nació pura en el mar de Atlante sobre un lecho de madreporas y ovas.

Y allí, en días más felices, intentaba olvidar los afanes con que luché en las playas de Medusa, en la cárcel de la

gorgona que quiso petrificar mi corazón, y allí rememorando, soy feliz con el recuerdo de la contienda que sostuve entre la dicha y el infortunio.



Valle solitario del Baztán:
Ya se fueron para siempre las alegrías, los placeres puros, blancos y transparentes como el granizo, diáfanos como las piedrecitas cristalizadas que saltaban agrupándose y formando estalagmitas sobre las aceñas; se desvanecieron, como se licuaron las gotitas de agua condensada con que jugaba mi amor aquel día tan triste del frío Diciembre; se ausentaron los placeres dichosos, frustrados

en las noches invernales, en medio del concierto de la llovizna, el ruido del molino y el canto del aceñero, cuando mi alma era feliz, ¡cuando mi alma dormía y soñaba!

.....

Campanas de Guadalupe del monte euscaro, Moreña cordobesa, sinuosa y escondida; ya se apagó el eco de las cántigas oferentes que brotaban del pecho en promesas de amor junto al terrazgo de la iglesia y al través de la reja morisca; se marchó su eco con las vibraciones del tañido, con el perfume de los claveles por entre lamas de celajes, por la ruta del pensamiento que vuela sin rumbo.

.....

Flores canarias ¡ya mar-

chitas! ¿Qué dices de ellas, mi ilusión de un día?

—Aquí están los pensamientos como índice de mis recuerdos, algunos conservan inmaculados sus colores blanco y azul, el polen en su cáliz, la pelusita tenue en su corola y mis besos infusos en su contextura delicada; junto á ellos y guardadas cuidadosamente en papelitos de seda están las otras flores: el estramonio de la noche del baile y la oxálida del día de San José, que me recuerdan el bullicio de las máscaras en los salones del teatro y la alegría de los ventorrillos en la carretera de Telde, el ofriso que en los paseos de la Alameda ocultó á mis ojos la ingratitude, la buglosa que me dijo

tantas mentiras, y aquí dentro, en una pixide de ciprés, está la palémona ¡Esa flor cruel que enfermó mi pecho para siempre!...

¡Ay, flores canarias ya marchitas!

.....
 El ataúd fué ascendido por la estrecha escalera de piedra.

Las últimas galas eran sus flores secas.

El aire glacial que venía del mar jugueteando sobre la tapia con un rayo de luna, arrastró una de aquellas flores á mis pies: era una ramita de osmunda, fatídico legado que me hacía la muerta, como devolución de los ensueños al amor infidente.

.....
 ¡Oh, Monte de las Merce-

des, bosque umbroso donde canta el canario, naciente bello y torrencioso de agua murmuradora, bardal de jarales y rutas pastoriles, ¿Por qué asalta vuestro recuerdo con tanta obstinación mi memoria, qué predominio ejercéis sobre mi espíritu, que no os olvido ni un instante; por qué se nublan mis ojos cuando desde las playas galdareses contemplo, tras la ferriza Anaga, las lejanas cumbres de vuestro contorno!?

¡Oh, roble secular confidente de un día; en la infancia grabé mi nombre en la corteza de tu tronco, y cuando en la adolescencia pasé á tu lado, los bordes de las letras estaban confusos y los perfiles

deshechos; hoy ya todo habrá desaparecido y no tendrá el monte memoria mía!

¡Oh, naciente murmurador y roble secular: yo no os olvido, y vuestro recuerdo no se apagará con mi vida, porque el exquisito de ayer está ya inciso en mi alma y persistirá después de la muerte!

Aquella melodía del agua que brota bullidora y corre por la vega hacia el Tanque Grande, las aromáticas juncias y ayúgas, la sombra pinosa y las frases misteriosas de los pájaros al euro, son cadenas que aprisionaron mi alma y cautiva será siempre de ellas.

Cuando en tiempos felices contemplaba yo desde las montañas las torres de la

vieja ciudad, los corpulentos álamos y las espirales de humo de los hogares, cuando deleitaba mis oídos el conjunto de cantilenas crepusculares, cuando extasiaba mis ojos el azul diáfano entre los *cúmulus* cinéreos, no pensé que se impresionaran tan espiritualmente en mis sentidos que se hicieran vida de ellos.

.....
 ¡Oh, inocentes habitantes del val, amigos de mi infancia! Cuando á la sombra de los alisios y bajo las descaecidas ramas de los sauzales jugaba con vosotros, ignoraba que hubiera deliquios y desilusiones. Aquel cándido soplo afectivo nacido á vuestro lado, entre el orgasmo de la

vegetación y el concento de los pájaros, convertido fué luego en laxa letal por los embates de una vida nómada.

.....
 ¡Ya todo ha pasado! Yo vuelvo hoy con vosotros tras de la duba del ovil á restañar con marga la herida que hizo la espinosa felona, á jugar nuevamente en los cantizales, sobre los fascículos de hierbas secas, en el rincón predilecto donde la abuela nos decía los cuentos; á beber otra vez agua fresca en el azafate del culantrillo, á tejer guirnaldas de artemisas y velloritas para las compañeras de nuestros amores.

.....
 ¡Oh, amigos queridos, hijos del val!

Yo no os aparto jamás de mi alma; y en las etapas aciagas y en las horas faustas estáis siempre en la retina de mis ojos, encadenando en estrechos eslabones la vaguedad de la inconsciencia con el discernimiento de la pubertad, acompañándome en las sutilezas de la escuela y en los júbilos de las fiestas, cortando bardascas para adornar la Cruz y trenzando palmas benditas el Domingo de Ramos.

¡Oh, queridos recuerdos cuán feliz me hacéis! Si yo encerrara más lágrimas en los ojos y más gemidos en la garganta, si yo tuviera aún, alegrías en el pecho y sonrisas en los labios, todo sería para vosotros que sois mi albedrío; mas, en el

dintel del otoño de la vida
¿qué puedo ofreceros? ilusio-
nes tronchadas que bullen en
el cerebro cansado, pavesas
de la vitalidad que para nada
sirven.

Yo he pasado el tiempo per-
siguiendo objetivos míticos,
ideales que aún continúan
velados; mas, nada importa
si vuelvo á vosotros con el
alma amadora,

¡Oh, amor!

En ese dilatado campo don-
de no hay proscritos, patria
inmensa recorrida por mí,
sólo hallé excelso ese miste-
rio fluídico que irradiando
en la plasma cura las heridas
del alma, pero no en el senti-
do vulgar de la palabra, sino
en el foco espiritual que con-
densa todas las aspiraciones,

que reemplazando la personalidad, hace la fusión de los seres; divina afección penígena que persiste después de aniquilada la materia; lo demás.... engañosas ficciones que endulzan los labios, mandrágoras que con los dardos descarnan las venas.

.....
 Yo moriré pronto, y este libro, donde dejo mi último pensamiento, seguirá la huella de mi ataúd, borrándose sus letras como las grabadas en la corteza del árbol, pudriéndose sus hojas como las visceras donde se agita la vida; pero mi amor no se extinguirá nunca y latirá siempre por vosotros.



ANDALUÉS)

100 ej.

8.000

Viajes (CANARIAS, ANDALUCÍA,
FILIPINAS, ITALIA, FRANCIA, etc.)

EDITADO EN LA IM-
PRENTA Y LITOGRAFÍA
DE MARTÍNEZ Y FRAN-
CHY.—AÑO DE 1904.—
CONSTA DE SESENTA Y
DOS FOLIOS.